

# DAVID HUME/ADAM SMITH

Dos testimonios trágicos

DANUBIO TORRES FIERRO

“Nació en 1711. Murió en 1776. Deja a la humanidad que añada el resto”. Así reza el epitafio que el propio David Hume escribió para su tumba. Se advierte cierta confianza desafiante en esas pocas líneas. La confianza en sí mismo y la confianza de sí mismo, una y otra alimentadas desde muy joven, acompañaron a *le bon David*. Más que actuar el papel de herético o de monstruo social o de *philosophe maudit*, figuras tan caras al imaginario romántico y sus aladaños, Hume entreveró la “soledad ingrata” de sus ideas avanzadas con incursiones en la economía (en lo que más tarde se llamaría economía política), las *belles-lettres*, los escenarios del Edimburgo mundano de su época y la frecuentación nunca avergonzada de las “mujeres humildes”.

Fue, en el sentido amplio y abarcador que el término tenía en el siglo XVIII, un “filósofo”, lo que Hegel definió como “un educado hombre de mundo” y lo que hoy llamaríamos un intelectual. Civilizado y galante, atrevido y precoz —alguien señaló que sus mejores ideas se le ocurrieron antes de cumplir los 20 años—, dedicó su vida a recrear su pensamiento en la forma que tanto contribuyó a imponer como moda, y que en el siglo XX el argentino Jorge Luis Borges mucho le agradecería: el ensayo corto y la narración histórica. En esos trabajos, el acento recaía en la personalidad en la medida en que ésta recibe, absorbe y reacciona ante las emociones que en ella provoca el mundo.

Dedicado a convertir a la conciencia en un asunto de estudio científico, y a fomentar la crítica racional en sustitución de las supersticiones a que se adhería la tradición medieval, desarrolló su sistema con oportunidad exacta en unos días que le eran propicios: por entonces, en efecto, hombres y mujeres descubrían las creencias y las emociones como motores fundamentales del entendimiento del mundo. Buscó “algún nuevo medio por el que la verdad pudiera descubrirse” y dio con un método experimental de razonamiento que favoreció una más escrupulosa observación de los fenómenos, asestando así un golpe a los *a priori* inmovilizadores que había sembrado la Edad Media.

A renglón seguido se dan a conocer dos curiosidades que poco o nada (más poco que nada) han circulado en el ámbito hispanoamericano (UNAM, México 2003). Son, respectiva y complementariamente, el testimonio autobiográfico y el testimonio amistoso acerca de un trayecto filosófico. El texto que Hume escribe sobre su propia vida es, a la vez, de sobria andadura inglesa y de empaque elegante; hay momentos en que el sentido de lo dramático que sugiere, y la impávida actitud ante la propia muerte que trasunta, cortan el aliento y estimulan la conmoción sentimental y la íntima desazón psicológica del lector. Por su parte, la carta que firma Adam Smith, compañero cercano en la amistad y en la aventura intelectual, añade un grado más de gravedad y tragedia al recuento de Hume.

Presentación y traducción de D. T. F.

## DAVID HUME

### Mi propia vida

Es difícil que un hombre hable mucho de sí mismo sin incurrir en vanidad, así que seré breve. Podría tomarse como un gesto vanidoso de mi parte que, a pesar de esa afirmación, insista yo en escribir mi vida; pero este relato que ahora emprendo narrará poco más que la historia de mis escritos, puesto que buena parte de mi trayecto transcurrió entre intereses y ocupaciones literarias. Por cierto, el primer recibimiento que merecieron mis escritos estuvo lejos de estimular el surgimiento de alguna clase de vanidad...

Nací el 26 de abril de 1711, según el antiguo calendario inglés, vigente entonces, en Edimburgo. Fui de buena familia, tanto por parte de padre como de madre. La familia de mi padre era una rama de los primeros Home, o Hume, y mis ancestros fueron dueños, por varias generaciones, de las tierras que ahora posee mi hermano. Mi madre fue la hija de

sir David Falconer, presidente del Colegio de Justicia; el título de lord Halkerton fue una herencia de su hermano.

Mi familia no era, sin embargo, rica. Y, al ser yo el hermano menor, mi patrimonio, de acuerdo a la costumbre del país, fue muy escaso. Mi padre, tenido por hombre de muchos talentos, murió cuando yo era muy niño, y me dejó, junto a mi hermano mayor y a mi hermana, al cuidado de nuestra madre, mujer de méritos singulares: aunque joven y bella, se dedicó enteramente a criar y educar a sus hijos. Pasé con bien las etapas normales de la educación, y desde joven abracé una inclinación por la literatura que ha sido la pasión de una vida y la fuente de mis alegrías. Mi disposición natural al estudio, mi sobriedad de costumbres y mi empeño alentaron a que mi familia se hiciera a la idea de que las leyes eran una profesión adecuada para mí. Pero yo descubrí una aversión irremontable a todo lo que no fuera el estudio de la filosofía y

del conocimiento. Mientras mis familiares estaban convencidos de que me dedicaba al estudio de los doctos legalistas Voet y Vinnius, yo devoraba secretamente a Cicerón y a Virgilio.

Poseer tan pequeña fortuna para un proyecto de vida como el que me proponía, y padecer algún quebranto de salud debido a mi extrema aplicación al estudio, me obligó —o me forzó— a aceptar un compromiso que fuera capaz de anclarme con mayor fortaleza en la vida. Así, en 1734, me dirigí a Bristol munido con recomendaciones para varios comerciantes prominentes; a los pocos meses, mi desencanto con ese medio se me hizo patente. Viajé a Francia con la intención de proseguir mis estudios en un retiro en el campo. Ahí encontré el estilo de vida que tanto había procurado. Resolví que una estricta frugalidad supliría mi falta de patrimonio, a fin de mantener mi independencia intacta y no interesarme más que en mejorar mis aptitudes literarias.

En mi permanencia en Francia, primero en Reims y luego en La Flèche, en Anjou, escribí el *Tratado sobre la naturaleza humana*. Transcurrieron tres años muy agradables, y regresé a Londres en 1737. A finales de 1738, se publicó mi *Tratado*. Fui a vivir con mi madre y mi hermano en la casa de campo de éste que estaba dedicado con mucho éxito a incrementar su patrimonio. Nunca una tentativa literaria fue menos afortunada que mi *Tratado*. Nació muerto desde la propia imprenta, sin ni siquiera alcanzar la distinción necesaria para provocar un ligero murmullo entre los entusiastas. Mi temperamento alegre y optimista me ayudó a recobrar rápido el aliento, y proseguí con entusiasmo mis estudios. En 1742, hice imprimir en Edimburgo la primera parte de mis *Ensayos*. El trabajo mereció un recibimiento favorable y me hizo olvidar totalmente mi anterior decepción. Continué viviendo en el campo con mi madre y mi hermano, y en ese periodo recobré el

conocimiento del griego, lengua que mucho descuidé en mi primera juventud.

En 1745, recibí una carta del marqués de Annandale, en la que me invitaba a residir con él en Inglaterra; conjeturo que también los amigos cercanos y la familia de este joven noble deseaban ponerlo bajo mi cuidado y dirección, puesto que así lo exigían su estado mental y de salud. Conviví con él 12 meses. Mis ingresos de ese periodo aumentaron considerablemente mi pequeño patrimonio. Más tarde recibí una invitación del general St. Clair para sumarme, como su secretario, a una expedición que en su principio apuntó hacia Canadá y que terminó en una mera incursión a la costa de Francia. El año siguiente, 1747, recibí una propuesta del mismo general para ser su secretario en sus embajadas militares ante las cortes de Viena y Turín. Lucí el uniforme de oficial y fui presentado en esas cortes como ayuda de campo del general, junto con sir Harry Erskine y el capitán Grant —ahora general Grant—. Los dos años que se prolongó esa actividad fueron prácticamente las solas interrupciones del estudio que hice en el curso de mi vida; fueron años que transcurrieron de manera muy agradable, y mis ingresos, sumados a mi frugalidad, me permitieron hacer una fortuna, a la que proclamé como mi independencia, afirmación que hacía sonreír a mis amistades. Ahora era dueño de casi mil libras.

Siempre he pensado que el fracaso del *Tratado sobre la naturaleza humana* se debió más a una cuestión de forma que de fondo, y que fui culpable de una indiscreción muy común al publicarlo



David Hume

demasiado temprano. Por eso, más tarde, rehice la totalidad de la primera parte en el *Investigación sobre el entendimiento humano*, que se editó cuando yo estaba en Turín. Pero también esta pieza fue, en sus pasos iniciales, apenas un poco más exitosa que el *Tratado sobre la naturaleza humana*. A mi regreso de Italia, mucho me mortificó encontrar a Inglaterra bajo los influjos de la investigación acerca de los poderes milagrosos de la Iglesia primitiva del doctor Middleton, mientras que mi trabajo era puntualmente ignorado. Una nueva edición de mis *Ensayos*, morales y políticos, no gozó de mejor recibimiento. Tal es la fuerza del carácter, que esas desilusiones reiteradas no lograron abatirme. En 1749, otra vez volví al campo a vivir con mi hermano solo, pues mi madre ya había muerto. Fue entonces cuando compuse la segunda parte de mis *Ensayos*, a los que titulé *Discursos políticos*, y también mi investigación acerca de los *Principios morales*, que es otra sección revisada de mi *Tratado*. En el entretanto, mi librero, A. Millan, me informó que mis publicaciones anteriores (todas, con la solitaria excepción del desafortunado *Tratado*) empezaban a ser motivo de conversación, que su venta subía y que se requerían nuevas ediciones. Consultas en este sentido,

de parte de interesados, llegaban de vez en cuando, y me enteré, gracias a las injurias que propinó el doctor Warburton, que los libros comenzaban a ser estimados entre cierta gente. Yo me había impuesto una resolución inflexible: nunca responder a nadie. No tener un carácter irascible me facilitó mantenerme apartado de las disputas literarias. Aunque siempre estuve predispuesto a ver el lado favorable y no el desfavorable de las cosas, los síntomas de un renombre en aumento me insuflaron valor. Por cierto, ser naturalmente así, optimista, vale más que poseer un abultadísimo patrimonio.

En 1751, me mudé del campo a la ciudad, el mejor escenario para un hombre de letras. En 1752, fueron publicados en Edimburgo, donde vivía, mis *Discursos políticos*, el único escrito de los míos que tuvo un éxito inmediato. Fue bien recibido dentro y fuera del país. En ese mismo año se publicó, en Londres, mis *Investigaciones acerca de los principios morales*, que es, en mi opinión (una opinión que no tiene mayor valía), de lejos, el mejor entre mis escritos históricos, filosóficos y literarios. Por cierto, llegó a este mundo sin ser notado.

En 1752, la Facultad de Derecho me designó bibliotecario, un oficio por el que recibía escasos o

nulos emolumentos, pero que puso bajo mi gobierno una gran biblioteca. Ahí pergeñé el proyecto de escribir una historia de Inglaterra. Atemorizado con la idea de sostener una narración continuada a lo largo de 700 años, comencé con el ascenso de la casa de los Estuardos, una época en la que, sospecho, empezaron a surgir los enfrentamientos entre las facciones. Estaba seguro del éxito de mi trabajo. Pensé que yo era el único historiador que se había distanciado lo bastante del poder presente, de los intereses y de la autoridad, y también del griterío prejuicioso del populacho. Y como el asunto abarcaba a la totalidad de las partes implicadas en la disputa, aguardé un gran aplauso general. Atroz fue mi desconuelo. Fui rodeado por el reproche, la desaprobación y hasta por el desdén. Todos, ingleses, escoceses, *whigs* y *tories*, librepensadores y religiosos, patriotas y monárquicos, todos, se unieron contra el hombre que pretendía haber arrancado una lágrima generosa por el destino de Carlos I y el *earl* de Strafford. Lo más mortificante fue que, después de la primera ebullición de tamaña furia, el libro pareció caer en el olvido. Mr. Millar me dijo que, en 12 meses, él había vendido tan sólo 45 ejemplares. Aun con el mayor de los esfuerzos, fue difícil encontrar a alguien, en cualquiera de los tres reinos, importante por su rango o por sus luces, capaz de tolerar el libro. Las únicas excepciones fueron el primado de Inglaterra, doctor Herring, y también el doctor Stone —que, por cierto, constituyen, uno y otro, extrañísimas excepciones. Ambos prelados me enviaron, por separado, sendos mensajes de aliento. Yo estaba, lo

admito, descorazonado, y si la guerra entre Inglaterra y Francia no se hubiera desatado entonces, no tengo dudas de que me habría retirado a un pueblo de la provincia francesa, habría cambiado de nombre y no habría regresado jamás a mi país natal. Pero como tal proyecto era impracticable, y el siguiente volumen de mi obra se encontraba ya avanzado, resolví hacerme de valor y perseverar. En el entretiem po publiqué, en Londres, mi *Historia natural de la religión*, conjuntamente con otras piezas menores. Su presentación en sociedad fue igual de oscura; solamente el doctor Hurd escribió un panfleto en su contra con la liberal petulancia, la altanería y el desprecio que distinguen a los miembros de la escuela warbutiana. Un panfleto así, de tanta resonancia, me proporcionó algún consuelo ante la abrumadora indiferencia que recibió mi esfuerzo.

En 1756, dos años después del fracaso del primer volumen, apareció el segundo de la *Historia de Inglaterra*, el que abarca el periodo que se extiende desde la muerte de Carlos I hasta la revolución. Esta zona de mi trabajo disgustó menos a los *whigs*, y contó con una mayor aprobación. No sólo se vendió, sino que ayudó a que su hermano se vendiera.

Aunque la propia experiencia me enseñaba que el partido *whig* estaba en condiciones de conceder cuantas licencias existieran tanto en cuestiones estatales como literarias, tan poco me entusiasma ba su insensato clamor ideológico que, a través de una centena de modificaciones que el estudio, la lectura y la reflexión posteriores me movieron a efectuar en el análisis de los dos primeros Estuardos, me incliné decididamente hacia el lado de los *tories*. Es ridículo pretender que antes de ese periodo la Constitución inglesa fuera un verdadero proyecto de libertad.

En 1759, di a conocer mi historia de los Tudor. La ira en contra de este trabajo fue casi idéntica a la que provocó la historia de los dos primeros Estuardos. El enfoque que allí se hacía del rei-

nado de Isabel resultó particularmente ofensivo. Pero a estas alturas ya había yo aprendido a ser insensible a las expansiones de la locura pública, y permanecí, pacífico y contento, en mi retiro en Edimburgo, y allí finalicé los dos volúmenes de la primera parte de la historia inglesa; apareció en 1764, con apenas éxito.

No obstante estos ventarrones en su contra, mis escritos continuaron su ascenso, y los beneficios que me entregaron los vendedores llegaron a superar con creces lo que en estos casos era la norma en Inglaterra. Me volví independiente y opulento. Me retiré a mi Escocia natal, determinado a jamás volver a poner un pie fuera, y con la satisfacción de nunca haber hecho una petición a un poderoso o haber cortejado su amistad. Sobre pasando ya la cincuentena, y con el propósito de encarar de aquí en más mi vida con filosofía, recibí en 1763 una invitación del *earl* de Hertford, a quien no conocía, para acompañarle en su Embajada en París, con el proyecto de ser nombrado secretario, y, en la espera de esa designación oficial, ejercer tales funciones desde el principio de mi incorporación. Aunque tentadora, rechacé la oferta en una primera reacción. No sólo era contrario a codearme con los poderosos; temí, también, que las distracciones y la vida alegre de París se volvieran inoportunas para una persona de mi edad y temperamento. Pero cuando se me reiteró la invitación, la acepté. Tenía razones, a la vez placenteras y de provecho personal, que me llevaban a reconocer como muy positivos los vínculos tanto con Hertford como con su hermano, el general Conway.

Quienes no están dispuestos a reconocer las sorprendentes consecuencias de las modas, serán incapaces de imaginar la recepción que me fue dada en París por hombres y mujeres de todos los rangos y segmentos sociales. Cuando con más recelo observaba yo sus atenciones, más era seducido por ellas. No hay duda de que vivir en París implica una gran satisfacción, a causa de la

enorme compañía sensible, talentosa y simpática que es posible encontrar, sin comparación posible con otras ciudades del mundo. En alguna ocasión hasta consideré avecinarme allí.

Era, pues, secretario de Embajada. En el verano de 1765, lord Hertford, al ser nombrado representante en Irlanda, dejó a mi cargo la Embajada. Fui encargado de Negocios hasta el arribo del duque de Richmond, hacia finales del mismo año. Abandoné París a comienzos de 1766, y el siguiente verano me trasladé a Edimburgo, con el mismo propósito de antes: cumplir un retiro espiritual. Si no rico, regresé con dinero bastante, y un mayor peculio, gracias a la amistad de lord Hertford. Y, cabe señalar, deseando conocer los alcances que es capaz de procurar lo superfluo —si es que algo puede procurar—, puesto que tan de cerca y asiduamente lo había experimentado en París. Pero en 1767 recibí una invitación de Mr. Conway para ser subsecretario de Embajada; la jerarquía de quien formulaba la invitación, así como mi cercanía con lord Hertford, me impidieron declinar tal distinción. Regresé a Edimburgo casi dos años más tarde, en 1769, muy rico (disponía de un ingreso de 1.000 libras anuales), con buena salud, y ya algo entrado en años; esta vez sí, con el firme propósito de disfrutar de mis ganancias y buscar el aumento de mi reputación intelectual.

En la primavera de 1775, sufrí un malestar en mis riñones, que al principio no me alarmó; casi de inmediato, se me puso en conocimiento de que se trataba de una enfermedad incurable y de efectos mortales. Padebí un rápido deterioro. No he sentido hasta ahora mucho dolor, y, lo que resulta más raro, no obstante mi quebranto, nunca ha decaído mi ánimo. Tan es así que si me viera en el trance de repetir una etapa de mi vida, estaría tentado de elegir esta de ahora. Soy dueño de la misma pasión de siempre hacia el estudio y del mismo regocijo hacia la compañía de mis amistades. Por lo demás, considero que un

hombre de 69 años, al morir, acorta considerablemente sus sufrimientos. Y si bien observo diversos síntomas de que mi reputación literaria crece con nuevo lustre, soy consciente de que no dispondría sino de unos pocos años para disfrutarlo. Es difícil sentir más desafecto del que ahora tengo por la vida.

Concluyo, pongamos que históricamente, con mi forma de ser: soy, o fui (porque así, en tiempo pasado, debo hablar de mí mismo: expresa con exactitud lo que siento en estos momentos), un hombre de carácter dócil, con fuerza de mando, de humor abierto y risueño, con capacidad para los afectos y de pasiones muy moderadas. Ni siquiera la inquietud por mi fama literaria, sin lugar a dudas mi deseo dominante, fue capaz de amargar mi carácter, y eso a pesar de las reiteradas desilusiones. Mi amistad no fue rechazada ni por los jóvenes y los rebeldes ni por los estudiosos y los conservadores. Si experimenté una curiosa atracción por las mujeres *humildes*, no tengo razones para sentirme decepcionado con el recibimiento que ellas me proporcionaron. En suma, que nunca la calumnia me tocó, con su maligna voz, como lo hizo infortunadamente con otros hombres; (por cierto, algunos de ellos notables). Y a pesar de que con deliberación me opuse a la animadversión militante de las distintas facciones civiles y religiosas, unas y otras parecieron desmoronarse por mi indiferencia hacia sus furias. Mis amigos jamás me reprocharon rasgo alguno de mi carácter o de mi conducta. Los propios difamadores no encontraron oportunidad de inventar o difundir, con posibilidad de confirmarse en los hechos, ninguna historia capaz de desprestigiar me.

No puedo negar que sobrevuela alguna vanidad en esta oración fúnebre que de mí mismo escribo. Confío en que ella no sea tenida por extemporánea y se la sepa situar en su lugar exacto, como una licencia personal que adopto, acepto y firmo.

18 de abril de 1776.

**ADAM SMITH**

Carta a William Strahan, esq.

*Kirkcaldy, Fifeshire, 9 de noviembre de 1776.*

Estimado señor:

Es con verdadero placer, y también con melancolía, que me dispongo a hacerle un relato del comportamiento de Mr. Hume, nuestro común y excelente amigo, en los días últimos de su enfermedad fatal.

Aunque, como él lo sabía, su enfermedad era incurable, y por tanto mortal, se propuso moderar y enfrentar los efectos de esa larga jornada final con el amparo de sus amigos. Pocos días antes de dejarnos, escribió este recuento de su propia vida, que aquí le adjunto, y que, junto a otros papeles, dejó al cuidado de usted. Mi relato, entonces, empieza donde acaba el suyo.

Se puso en camino hacia Londres hacia fines de abril, y en Morpeth se encontró con Mr.

John Home y conmigo, que habíamos salido con el propósito de verle y esperábamos hallarle en Edimburgo. Mr. Home regresó con él a Londres y le atendió a lo largo de su permanencia en Inglaterra con el esmero y el afecto que ornan a un carácter tan amistoso y entrañable. Yo no pude acompañarles, porque había escrito a mi madre comunicándole que debía aguardarme en Escocia, promesa que me obligó a continuar con mi viaje. A causa de su enfermedad, nuestro amigo parecía necesitado de moverse y de cambiar de aire; así, cuando llegó a Londres, parecía estar mucho mejor que al salir de Edimburgo. Se le aconsejó que viajara a Bath a tomar las aguas, lo que por algún tiempo pareció beneficiarle, hasta el punto de que él mismo, tan poco dispuesto a aceptarlo, se formó una idea más benévola de su enfermedad. Pero los síntomas regresaron con su violencia acostumbrada; a partir de entonces, y con espíritu cabal,

abandonó la esperanza de recobrar, y se resignó a lo inevitable. Luego de su regreso a Edimburgo, aunque más débil pero no abatido, continuó distrayéndose como de costumbre: corregía sus escritos para una nueva edición, leía para entretenerse y frecuentaba la conversación de sus amistades para divertirse; y a veces, en las tardes, jugaba una partida de *whist*, su pasatiempo favorito. Su alegría era tan manifiesta, y su conversación y su contento se parecían tanto a lo que en él era habitual, que, no obstante los malos síntomas, mucha gente no podía creer que se estaba muriendo. “Le diré a su amigo, el coronel Edmondstone”, le dijo el doctor Dundas, “que le dejo a usted mucho mejor y en vías de una completa recuperación”. “Doctor”, le respondió él, “como estoy convencido de que usted sólo desea decirle la verdad, es más exacto que le informe que estoy muriendo tan rápidamente como mis enemigos, si es que alguno queda,

lo hubieran deseado, y con tanta facilidad y despreocupación como mis amigos querrían”. Muy pronto, el propio coronel Edmondstone vino a visitarle, y, sin duda, a despedirse de él. De regreso a su residencia, éste no pudo evitar escribirle una carta a su amigo, expresándole una vez más su adiós eterno, y aplicándole, como hombre desfalleciente que era, aquellos hermosos versos franceses con los que el *abbé* Chauleiu, al aguardar su propia muerte, lamenta la cercana separación de su amigo, el marqués de la Fare. La magnanimidad y firmeza del señor Hume eran tales que sus más próximos amigos sabían que nada arriesgaban al hablarle o escribirle como a un moribundo, y que, en lugar de sentirse herido por esa franqueza, la recibía con elegancia y sin resentimiento. Entré en sus habitaciones justo en el momento en que estaba leyendo la carta del coronel Edmondstone, que acababa de recibir, y me la mostró enseguida. Le señalé que,

# suscríbete a **Cinco Días**

## ... y disfruta de todas las ventajas que te ofrecemos

- Recibe a primera hora tu ejemplar de Cinco Días.
- Todos los coleccionables de la Biblioteca Empresarial.
- Hasta un 30% de DESCUENTO en todas nuestras promociones.
- Condiciones especiales en los foros y las jornadas organizadas por Cinco Días.



llámanos al  
**902 99 65 05**

o envíanos un e-mail: [suscripciones@cincodias.es](mailto:suscripciones@cincodias.es)



a pesar de que yo era consciente de lo mucho que se había debilitado y de que su apariencia era realmente mala, su ánimo estaba aún lo bastante alto y el soplo de la vida tan fuerte, que no podía sino tener algunas esperanzas. Me contestó: “Sus esperanzas carecen de asidero. Una diarrea que se prolonga por más de un año resulta una mala enfermedad en cualquier edad, y en la mía es mortal. Cuando me acuesto por la tarde me siento mucho más débil que cuando me despierto, y cuando despierto por la mañana me siento todavía más débil que por la tarde. Por lo demás, soy consciente de que algunas partes vitales de mi cuerpo han sido afectadas, y de que pronto moriré”. “Bien”, respondí, “si así ha de ocurrir, al menos usted tiene la satisfacción de dejar a sus allegados, y en particular a la familia de su hermano, muy prósperos”. Me dijo que ésa era una satisfacción que mucho apreciaba, al punto de que días atrás, cuando leía los *Diálogos de los muertos*, de Luciano, entre todas las excusas que éste alega ante Caronte para no subir a su barca, no pudo encontrar ninguna que se adaptara a él: no había casa por terminar ni hija por la que mirar ni enemigos de los que deseara vengarse. “No pude imaginar”, añadió, “excusa alguna que pudiera manifestar a Caronte para obtener de su parte una breve dilación. Nunca hice nada que no deseara hacer. Y, en verdad, no existe otra forma mejor de dejar acomodados a mis allegados. Claro que tengo razones para morir tranquilo”. De inmediato bromeó inventando juramentos que, entendía, podía argüir ante Caronte, y las respuestas que provocaría. “Luego de algunas consideraciones, pienso que le diría: Buen Caronte, he hecho algunas correcciones a mis escritos para una nueva edición. Otórgame un poco más de tiempo para ver qué reacciones provocan en el público”. Pero Caronte me respondería: “Al ver los efectos de tales modificaciones, usted me solicitaría una nueva dilatoria para corregir lo corregido. No habría tasa para ese proceder. Así

que, estimado amigo, haga el favor de trepar a mi barca”. A lo que por mi parte manifestaría que me tuviera paciencia: “He intentado abrir los ojos del público. Si vivo unos años más, tendré la satisfacción de ver la desaparición de los sistemas de superstición dominantes”. Aquí Caronte perdería sus estribos. “De sobra sabe, vivaz remolón, que tal cosa sólo ocurrirá dentro de varios cientos de años. ¿Piensa que le otorgaré un plazo tan largo? Suba enseguida a mi barca, perezoso, vivaz remolón”.

Aunque capaz de referirse a su próxima declinación con enorme entereza, nunca hizo ostentación de esa magnanimidad. Sólo hablaba del asunto cuando la conversación llevaba naturalmente a él, y sólo se detenía allí el tiempo que lo exigieran las circunstancias —y eso que era un asunto sobre el que se recaía con frecuencia, por las preguntas que hacían los amigos que se acercaban en búsqueda de noticias. La conversación entre nosotros que narré más arriba, y que ocurrió en un viernes 8 de agosto, fue la última (con una única excepción) que mantuvimos. Estaba ahora tan debilitado que hasta le cansaba la compañía de sus amigos más cercanos; no obstante, su buen ánimo y su gusto por el trato social eran tan íntegros, que cuando algún amigo conversaba con él se esforzaba por no sucumbir a las flaquezas de su cuerpo. Según su expresa voluntad, consentí en dejar Edimburgo, donde permanecía por su propio deseo, y regresar aquí, a Kirkaldy, a la residencia de mi madre, no sin antes hacerle prometer que enviaría por mí cuando así lo requiriera. El doctor Black, quien le atendía con frecuencia, se comprometió a escribirme asiduamente un recuento de su estado de salud.

El 22 de agosto, el doctor Black me escribió lo que sigue:

“Desde mi última carta, Mr. Hume ha pasado sus días sin problemas, pero mucho más debilitado. Se levanta, baja a la sala una vez al día, se entretiene leyendo y casi no ve a nadie. Hasta la conversación con el más íntimo de

sus amigos le fatiga y le abruma; y está bien que ya no reciba visitas, porque no tiene necesidad de ello y de esa forma tampoco se somete a las ansiedades, las impacencias o el agobio. Pasa la mayor parte de su tiempo con la ayuda de libros agradables”.

Por cierto, el día anterior a ésta recibí una carta del propio Mr. Hume, de la que copio este pasaje:

“Mi queridísimo amigo:

Hoy me siento obligado a auxiliarme de la mano de mi sobriño para escribirle a usted, ya que soy incapaz de usar la mía”.

“Me acerco rápidamente a mi declinación, y la noche pasada tuve algo de fiebre —lo que me hizo confiar en que se precipitara el final de esta aburrida enfermedad. Pero, desafortunadamente, no ocurrió así. De ninguna manera puedo pedirle que venga hasta aquí, porque sólo podría dedicarle una porción pequeñísima del día. El doctor Black podrá mantenerle informado del grado de fortaleza que aún puede restarme. Adieu, etcétera”.

Tres días después, recibí esta carta del doctor Black:

“Ayer, sobre las cuatro de la tarde, Mr. Hume expiró. La cercanía de su muerte se hizo patente en la noche entre el jueves y el viernes, cuando su enfermedad se agravó y le debilitó tanto que ya no pudo salir más de su cama. Hasta el final permaneció consciente y libre de dolor o de molestias. Nunca manifestó la menor impaciencia; por el contrario, cuando tuvo oportunidad de hablar con quienes le rodeaban, lo hizo con afecto y cariño. Decidí que no era del caso avisarle a usted de su estado, puesto que me enteré de que le había dictado una carta expresándole su voluntad de que no se trasladara hasta aquí. Cuando tanto se debilitó, ya le era un verdadero esfuerzo hablar. Y murió con una serenidad insuperable”.

Así se fue nuestro excelente e inolvidable amigo. Es verdad que sobre sus opiniones filosóficas los juicios diferirán, y contarán con la aprobación o la desaprobación que cada cual observe acerca de

ellas; en cambio, sobre su carácter y su conducta, no existirá discrepancia. No abrigo dudas de que su carácter estaba armoniosamente equilibrado, si cabe esta manera de decirlo, como no ocurría en ningún otro hombre de mi conocimiento. Hasta en sus momentos de incierta fortuna, su notable y congénita frugalidad le permitió ejercer, en las ocasiones que así lo requerían, actos caritativos y generosos. Era la suya una frugalidad basada no en la avaricia, sino en la pasión por la independencia. La larga cortesía de su naturaleza nunca debilitó la firmeza ni de sus ideas ni de sus decisiones. Su simpatía constante era la genuina efusión de su bondad y su buen humor, una y otro moldeados con mesura y sin esa malicia que con tanta frecuencia es la responsable de un ingenio malentendido. Mortificar nunca estuvo entre los propósitos de sus pendencias; es más, lejos de ofender, a menudo agradaba y deleitaba incluso a aquellos con los que discutía. Los propios amigos, con los que, por cierto, también discutía, hallaban en el cruce de pareceres una manera de comprometerse más en la conversación que con él sostenían. Y este carácter alegre, socialmente muy de agradecer, y que con frecuencia es acompañado con atributos frívolos o superficiales, él lo alcanzaba con la más severa dedicación, el más amplio conocimiento y una capacidad de comprensión sin igual. Sobre todo, le consideré siempre, en vida y ahora a partir de su muerte, como alguien que se acercaba más y más a la idea de un hombre de rara y virtuosa perfección, una perfección con que la naturaleza humana pocas veces premia.

Como siempre, estimado señor, reciba usted las muestras de mi mayor afecto,

**Danubio Torres Fierro** es escritor. Autor de *Estrategias sagradas* y de la antología *Octavio Paz en España, 1937*.